

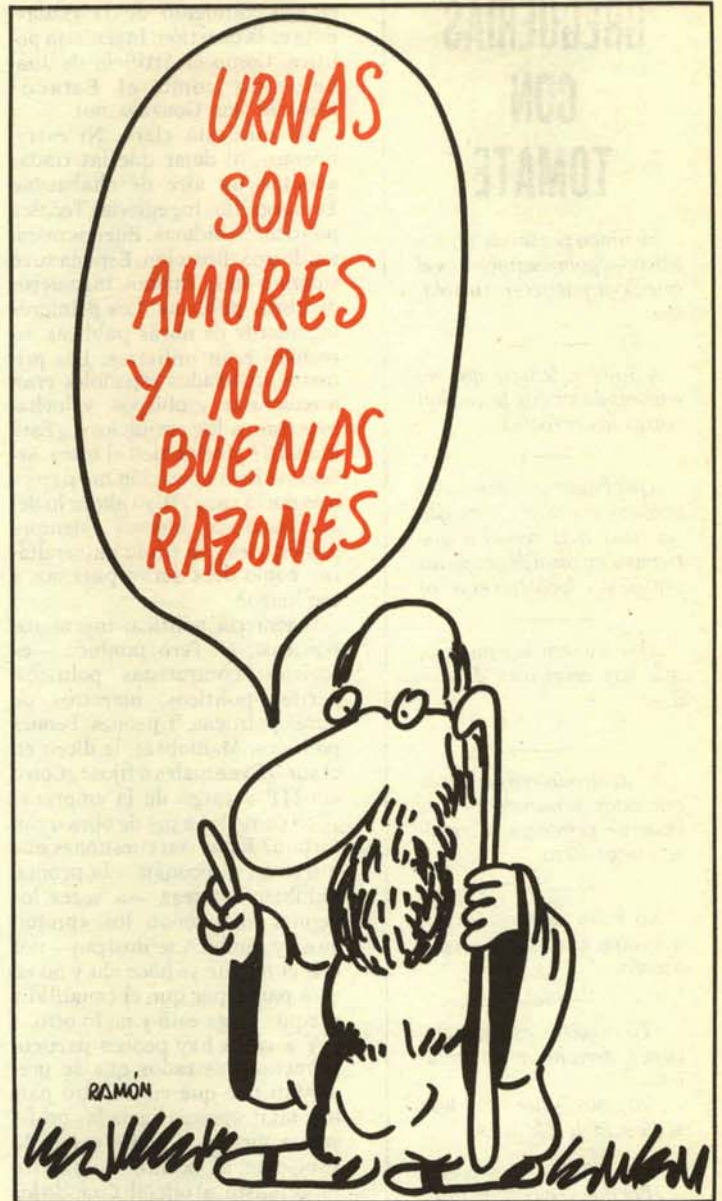
Pero hay gobernadores simpáticos, humanos bajo la púrpura provincial a dedo. Si yo dijera que Antolín de Santiago es uno de ellos, parecería que le estoy botando el esférico en plan Emiliano, pero que conste que no es de mo provincia, sino de la del maestro Pemán. En Cádiz, don Antolín —que había inventado en Valladolid la Semana del Cine— autorizó este verano que Fernandito Quiñones proyectara al personal «La naranja mecánica» y «El fantasma de la libertad». No sé cómo los autobuseros andaluces no hicieron pagar a don Antolín cánon de coincidencia, por la de viajes a Faro y a Portimao que les hizo perder...

Y ahora, en el momento del cambio, cuando la historia da el fognazo y los señores gobernadores sonríen en democrático para que no se les vea el azul («¡Un momento, señor gobernador: a ver, diga ahora lo de derechos humanos...! Flaaaaash. Ya está, mañana puede usted pasar a recogerla...»); ahora que pasan todas esas cosas y algunas más que vamos a forzar para que pasen, va don Antolín de Santiago y, de caballero de la mano en el pecho, canta su «Aida» político, el adiós a la vida de la púrpura provincial. Delante de un coro de ánimas de alcaldes de pueblo cesados, se descolgó el otro día en Cádiz con lo que sigue: «Si es ver-

SANTIAGO Y ABRE ESPAÑA

A PENAS hemos salido del Año Santo Romano y ya estamos dentro del Compostelano. La cuestión es no parar. Es lo que yo digo: aquí mucha santidad y la casa sin barrer. Los presos comunes deben de estar haciendo gárgaras con un botijo de puro contentos con esta santa racha; en cambio, los presos políticos oyen esto de Roma o Compostela como quien oye llover. Se ve que la política ha perdido la unción cristiana de antaño y nuestros católicos gobernantes se hacen los locos. Pero tal vez lo que no puede conseguir la mayoría de este país que pide masivamente la amnistía, lo consiga su santo patrón. No hay que perder las esperanzas. El señor Santiago es muy suyo y tiene un pronto impulsivo. Digo yo que es mucho más difícil ganar la batalla de Clavijo con tanto moraco como había por allí que abatir las puertas de la cárcel y dejar en fila india con el paquete bajo el brazo a un puñado de gente tirando a roja. Piensa uno que es mucho más trabajoso pasarse ocho siglos de reconquista encima del caballo ayudando a barrer el territorio que abrir las fronteras para que vuelvan los exiliados. Si nuestro señor Santiago no resuelve esto de la amnistía general será porque no quiere o porque está en baja forma. En otro tiempo, ciertamente, no le faltaron agallas. Aunque ahora también es posible que el hombre no pueda hacer demasiadas virguerías y a la mínima se vea cogido en la trampa saducea.

En épocas medievales que no había Consejos del Reino ni Cortes terciadas, que no había necesidad de formar quórum y la política se hacía con sentido común un poco a la pata la llana, nuestro señor Santiago resolvía cosas más difíciles en un periquete, con un mandoble o con un golpe de casco de su caballo blanco. Conociendo el carácter fuerte de este hijo del Zebedeo se puede colegir fácilmente que si le dejaran solo, él iba a resolver este asunto sin medias tintas, sin tanta prudencia, sin tanto miedo y cicatería. Pero tal como están las cosas, puede que nuestro señor Santiago, por mucho jubileo que celebre, si quiere darnos una amnistía general tenga que someterse al reglamento. Puede que algún político estreñido le sople al oído eso de que no hay que dar saltos en el vacío o le vaya con el cuento de la apertura gradual y le meta el rollo de la política en etapas sucesivas. Y nuestro santo patrón, que no debe de andar muy diestro en legalismos de democracia orgánica, tal vez le coja el gusto al visto bueno. A buen seguro que en ese caso nos vamos a quedar con una amnistía abortada, recortada o estrecha de pecho. No creo que haya que echarle entonces la culpa a Santiago de Compostela. Es que el pobre se habrá hecho un lío con los formalismos. ■ **VICENT**



dad que se nos pide participación y evolución, ¿cómo vamos a poder dejar a otros que lo hagan si tenemos taponados todos los cargos siempre los mismos?»

Es enternecedor. Todos tenemos que hacer nuestro el discurso de don Antolín para pedir que le quiten el tapón al botellón. Y para brindar por la honradez del señor gobernador. Ya que antes de que echaran a los últimos ministros de Franco nombrados directamente por Franco les pusieron en privado «Emmanuelle», yo proponería a don Antolín como Director General de la Naranja Mecánica, para que se la proyectara a todos los que fueran echando. Se iba a cortar más la copia que el «Currito de la Cruz» que ponían en el pueblo... Pero se avanzaría. Después de todo, el cinemacochon está de mucho mejor ver que el motorista de la muerte del franquismo. ■ **BURGOS.**

INGENIERIA POLITICA Y PEONAJE POLITICO

Ha dicho Don Manuel Fraga en sus penúltimas declaraciones: «Yo estoy firmemente convencido de que la sociedad española necesita un importante ensanchamiento de sus cauces de participación política». Eso es muy importante. Todo lo que dice Don Manuel Fraga es muy importante, porque es lo que nos va a pasar: firmeza, convencimiento, cauces, yo. Todo eso es nuestro asunto. Y Don Manuel Fraga ha matizado: «Pero ese ensanchamiento hemos de lograrlo comenzando, desde ya, una seria labor

GREGUERIAS CON TOMATE

Su único pensamiento político —¡pobre señor!— es el que lleva puesto en su solapa.

A Solís se le nota que ha engordado en que le quedan cortas las corbatas.

¡Qué bueno es el borracho que quiso votar y para ello no tuvo más remedio que trepar a un farol de gas de los antiguos y depositar el voto!

¡Que cierren las puertas, que hay corrientes de ruidos!

Es tremendo pensar que lo que estoy pensando en este instante pertenece al pretérito imperfecto.

No hubo tal ovación: era un pulpo que estaba aplaudiendo.

«Tú naciste esclavo; no tienes derecho a la palabra»...

¡No, no, señor! Es una sentencia de Sócrates.

¿Por qué se cambian tarde de camisa?... Porque se ensucian con el tiempo, claro.

En la estela de plata de mis recuerdos se agita la del barco de mi destierro.

Aunque también parecen cruces no son cruces esos espantapájaros desnudos.

En un discurso sobre el Año Internacional de la Mujer oí esta frase que no sé si es que le faltó una pausa o estaba mal pronunciada: «¡Más vale mujeres sin honra que honra sin mujeres!»

No sé qué pensar de esto: los bueyes españoles son compatriotas míos.

SAMPELAYO

de ingeniería política y nunca por el procedimiento de la riada». Esta es la cuestión: ingeniería política. Como el Artificio de Juanelo (no como el Estado-Eficacia-Don Gonzalo, no).

Así que está claro. Ni extremismos, ni dejar que las riadas adopten un aire de chabacano Tamarguillo. Ingeniería. Técnica política. Sabiduría. Buenos puentes de una dirección. España tuvo siempre muy buenos ingenieros de obras públicas. Los primeros ingenieros de obras públicas españoles eran militares. Los primeros ilustrados españoles eran aristócratas y obispos, y luchaban contra los prejuicios». ¿Está bien así? ¿Llevo bien el tema, señorito? Esta oposición me parece que me la saco ¿Digo ahora lo del «cirujano de hierro» (siempre profesiones con título universitario, como debe ser) o pasamos a eso luego?

Ingeniería política: ingenieros políticos, sí. Pero también —es lógico— contratistas políticos, peritos políticos, maestros de obras políticas. Y peones. Peones políticos. Maniobras, le dicen en el sur. ¿Eventuales o fijos? ¿Con o sin ITP a cargo de la empresa? ¿Con comedor a pie de obra o con tartera? Estas son cuestiones que interesan al peonaje o la peonía. También interesa —a veces los peones abandonan los «prejuicios» y también se ilustran— por qué el puente se hace ahí y no en otra parte, por qué el canalillo o acequia riega esto y no lo otro.

Y a veces hay peones particularmente ilustrados que se preguntan por qué en nuestro país hay tal desprecio hacia las profesiones medias y nadie valora lo suficiente al perito, al maestro especialista, al oficial. Cuando los peones se conformarían con ser obreros especializados. ■ CAÑAVERAL.



SERRAT: PARA PIEL DE TORO

¿Y Serrat, qué es? ¿Un español de más, un español de menos, un español de más-menos? En la clasificación general del bunker, ¿cómo está Serrat? ¿Con positivos o con saldo de negativos? No, no las coge usted, mi querido amigo. Ya sé que el que usted dice es un español donde los haya. Pero no me estoy refiriendo precisamente al suyo, a Serrats Úrquiza, sino al nuestro, a Joan Manuel Serrat. El nuestro, Joan Manuel, Juan Manuel, que decimos los del resto del Estado español, ¿está porra dentro o está porra fuera? Si los chicos de Efe han cogido el teletipo rojo y el teletipo azul y se han ido para allá, ¿podrá coger Joan Manuel la paloma de Alberti y venirse para acá?

¿O si llega le dirán que se equivocaba, que creía que tu falda era

mi blusa, pero que mi chaqué sigue siendo la guerrera blanca con gafas oscuras de siempre? Si Aerolíneas e Iberia nos han anunciado la reanudación de estrechamiento de lazos, ¿puede Joan Manuel haber llegado ya, con Iberia o con Aerolíneas, poco antes de que den las diez? Si el licenciado Echeverría ya no es un hijo de su madre, sino un modélico padre de sus hijos, ¿puede Joan Manuel, que es padre soltero, venir a ver el suyo?

¿Qué es Serrat? ¿Tiene carnet sindical o ha de volver a pasar el examen y cantar «Doce cascabels lleva mi caballo» ante un jurado de funcionarios verticales de subida y bajada? Su nombre, ¿me sabe a hierba o me sabe todavía a esparto? Su voz, ¿se puede oír en la radio o no se puede oír?

Serrat, ¿existe o no existe? Que lo digan, ¿no? Así podríamos por lo menos tachar un español más y ponerle un nuevo adjetivo a la concordia. Su último álbum se llamaba «Para piel de manzana». Sin quererlo, el último de verdad va a ser un LP que nunca grabará y que se llama «Para piel de toro». Y si yo fuera catalán, lo diría con un verso de Salvador Espriu. Nada más que para que se enteren de que no, que todos sabemos lo que es Serrat. La paloma de Alberti no se equivoca nunca. Ellos, sí. Años equivocándose ■ MORA.

TODOS DEMOCRA- TAS

Recuerdo, hace siglos ya, un pintor que se enfadó mucho conmigo porque le dije que a la puerta de su última exposición lo que había que poner era un letrero que dijese: «¡Cuidado con la pintura!», pero la verdad es que la gente se pasa de suspicaz, porque yo lo que quería decir era que, de